

David Alandete

Objetivo venganza

Intrigas, secretos y poder en el retorno
de Trump a la Casa Blanca

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo.</i> La historia comienza con una pregunta	11
---	----

Primera parte DESDE EL EXILIO

1. El regreso	17
2. La despedida	27
3. El destierro	33
4. El reestreno	43
5. Un mitin más	49
6. La temida comisión	55
7. El registro del FBI	63
8. El lanzamiento de la campaña	71
9. El debate	81
10. El atentado	91
11. Noche electoral	103

Segunda parte EL RETORNO

12. Todo el poder	109
13. La purga	121
14. El emisario	127

15. La «Riviera» de Oriente Próximo	135
16. El protector	143
17. Encrucijada	151
18. Karoline	159
19. El arte de regalar bien	167
20. La humillación de Zelenski	171
21. «¿Qué hiciste la semana pasada?»	179
22. El concesionario presidencial	185
23. La Casa Dorada	189
24. Signalgate	195
25. Laura Loomer	203

Tercera parte GUERRA Y PAZ

26. El Día de la Liberación de América	215
27. El enigma de Melania	227
28. Inundar la zona	235
29. La bomba	239
30. Martillo de medianoche	253
31. El problema del 5 por ciento	269
32. España en el punto de mira	275
33. Una visita a la obra	283
34. Una capital militarizada	293
35. Cita en el hielo	301
36. Crónica de una muerte exagerada	313
37. «Acabamos de disparar contra un barco»	321
38. El Departamento de la Guerra	329
39. Un nuevo jardín	337
40. San Charlie	343
41. La paz se impone	353

Cuarta parte
MATAR AL MENSAJERO

42. Expulsar a España de la OTAN	363
43. Un Nobel amargo	365
44. La diplomacia de Melania	371
45. La foto y la cumbre	377
46. Amigo de sus amigos	385
47. Preguntas arriesgadas	395
48. En el ojo del huracán	499
49. «Maduro no debe ir jodiendo»	415
50. El derribo	419
<i>Epílogo. Malas noticias</i>	423

Prólogo

LA HISTORIA COMIENZA CON UNA PREGUNTA

Lo supe el día en que mi propio Gobierno me llamó traidor. Supe hasta qué punto el poder estaba dispuesto a manipular, distorsionar y señalar a un periodista por hacer una pregunta incómoda. No fue una insinuación, sino una acusación explícita, repetida por ministros, portavoces, cargos públicos y hasta otros periodistas; difundida en canales oficiales y defendida hasta en sede parlamentaria. Me señalaron en España por formular una pregunta en la Casa Blanca. Una sola pregunta. Un Ejecutivo acusando a un periodista español, que trabajaba a miles de kilómetros, de deslealtad. No cuestionaban un dato, una crónica o un error. Cuestionaban mi derecho a ejercer mi oficio, así de sencillo.

En más de veinte años de profesión había visto presiones, vetos y maniobras en todos los partidos y a todos los niveles. Pero nunca había visto a un Gobierno democrático en mi país construir una campaña para deslegitimar a un reportero por cumplir su trabajo. Y lo más inquietante no fue el ataque en sí, sino la facilidad con la que se activó la maquinaria: las descalificaciones, las insinuaciones, la idea —absurda, pero repetida con disciplina— de que formular una pregunta en Estados Unidos equivalía a «dañar

la imagen de España». Colegas de un periódico que fue mi casa durante más de una década, *El País*, llegaron a afirmar que yo estaba «obsesionado con dañar a España». Aquello no era un error. Era un síntoma: el reflejo de una deriva política y del desgaste de una profesión.

Por eso este libro empieza con una pregunta mía a Donald Trump sobre España, y con la respuesta que dio. Porque lo que vino después —los insultos, las caricaturas interesadas, la campaña de descrédito— no surgió de la nada. Fue la culminación de un proceso que España arrastra desde hace años: el intento de colonizar los medios públicos, condicionar los privados, clasificar a los periodistas según convenga y controlar el relato a cualquier precio. Lo que para algunos fue ruido político, para mí se convirtió en una evidencia: no hay poder más agresivo que el que teme una pregunta sencilla. Eso lleva años viéndose en Estados Unidos, pero no es un fenómeno ajeno a España.

La paradoja es que estas acusaciones me alcanzaron mientras cubría a diario a un presidente de Estados Unidos que había convertido el ataque a la prensa en una de sus marcas políticas, llegó a llamarla también «enemigo del pueblo». Y aun así, en Washington podía haber provocaciones, tensiones o desplantes; podía haber teatralidad y exceso; pero todo formaba parte de un pulso político que se apagaba con la siguiente noticia. En un año pregunté a Trump una decena de veces. Le vi enfrentarse a los medios miles de veces. Pocas veces vi que tratara de censurar una pregunta.

Y, sin embargo, yo no empecé en esto del periodismo para ocupar un lugar central en ninguna polémica. Todo lo contrario. Aprendí el oficio en los márgenes, cuando me mudé de Valencia a Madrid, cubriendo información local: sucesos, tráfico, incendios, plenos municipales. Vivía al día, en redacciones que ofrecían pocas certezas. Cuando quise ir más lejos, no tenía padrinos ni agenda.

Solo la convicción de que, si quería entender el mundo, tenía que salir a verlo.

Me fui en 2006 a Estados Unidos con una beca Fulbright para la que estudié mucho, con una mochila, pocos ahorros y la intuición de que desde allí podría comprender mejor el yihadismo que en 2004 había golpeado a mi país. Estudié relaciones internacionales, traduje, hice prácticas. Entré en la delegación de *El País* en Washington. Muy pronto me enviaron a cubrir campañas electorales, la crisis económica, viajes a Guantánamo y Afganistán, donde la misión con la que estaba fue atacada en 2011. Aquel aprendizaje me llevó después a ser corresponsal jefe en Oriente Próximo. Allí descubrí lo que significa informar cuando todo alrededor se desmorona: cubrir un golpe de Estado en Egipto, entrar en Siria mientras caían bombas a pocos kilómetros, entrevistar a refugiados que no sabían si llegarían al día siguiente. No fui héroe ni protagonista de nada. Fui testigo.

Años después, como director adjunto de *El País*, viví otro tipo de intimidaciones. Pedro Sánchez, entonces secretario general del PSOE, llamó, presionó y exigió. Mi equipo resistió. Y todos fuimos despedidos pocos días después de que ganara la moción de censura de 2018. Algunos lo llamaron purga. Para mí fue una confirmación: el poder siempre prueba hasta dónde puede llegar.

Volví a Washington y empecé a trabajar para el diario *ABC*, una cabecera que siempre seguí y admiré, y más tarde para la Cadena COPE y Telemadrid. Con los tres medios obtuve la credencial permanente de la Casa Blanca, después de años de insistir y de presentarme allí cada día, incluso cuando parecía inútil. No es un proceso sencillo. Exige constancia, presencia diaria y la disposición a demostrar, jornada tras jornada, que uno está allí para informar, para preguntar cuando puede y sacar información.

Y aun así, nada me preparó para lo que ocurrió en 2025. Nadie imagina que un Gobierno democrático pueda dedicar tiempo,

recursos y altavoces a desacreditar a un periodista por preguntar. Pero ocurrió. Y fue entonces cuando comprendí algo que ya intuía tras años cubriendo conflictos, regímenes autoritarios y crisis internacionales: lo que de verdad teme cualquier poder no es una opinión ni un editorial. Teme la pregunta que no controla. Teme la información que no puede moldear. Teme, en resumidas cuentas, los hechos.

Este libro nace de ese choque. De ese momento en que entendí que debía empezar por el principio: contar lo que he visto en la Casa Blanca durante el regreso de Trump, sin adornos, sin dramatización, sin juicios de valor. Explicar cómo trabaja un corresponsal en Estados Unidos, qué ocurre detrás de una rueda de prensa, cómo se toman decisiones que afectan a millones de personas, cómo se gestionan crisis en minutos, cómo funciona realmente el poder cuando nadie debería estar mirando, pero alguien —un periodista— siempre está allí para verlo.

Es un libro sobre Trump, sobre su segundo mandato y sobre un mundo que acelera sin pausa. Pero también sobre el periodismo y sobre por qué las preguntas importan más que nunca. Porque si algo he aprendido, desde aquella redacción local de Madrid hasta las madrugadas en la Casa Blanca, es que el silencio no protege a nadie. Y que la única forma de desmontar campañas, prejuicios y distorsiones es hacer lo más simple y lo más difícil: contar las cosas como son.

Primera parte

DESDE EL EXILIO

EL REGRESO

Despacho Oval. 20 de enero de 2025

A las 19.40 del 20 de enero de 2025, la puerta del Despacho Oval se abrió y Donald Trump ya estaba allí, sentado de nuevo, tras cuatro años de ausencia, con media sonrisa, ante el escritorio macizo y lustroso de caoba que durante décadas ha sido testigo de la historia presidencial. Esa noche, sin embargo, el escritorio, la sala y nosotros, los periodistas allí presentes, éramos testigos de algo insólito: el regreso improbable de un presidente al que cuatro años antes habíamos visto abandonar estas mismas dependencias como un apestado, derrotado, rechazado, presuntamente acabado, directo al desván de la historia.

Como muchos —sus adversarios, buena parte de sus aliados e incluso algunos de sus propios familiares—, los reporteros también lo habíamos dado por liquidado. Pero nunca ha sido una apuesta segura dar a Trump por derrotado. La prueba estaba allí: regresaba más fuerte, más preparado, reivindicado y victorioso, tras imponerse en las urnas y en el voto popular con una contundencia inédita. Con aquella media sonrisa satisfecha nos recibió en el corazón mismo del poder, como diciendo que todos nos habíamos equivocado, todos menos él. Y que, desde ese instante, el país y el mundo entero iban a enterarse.

Este iba a ser de hecho el escenario principal de su venganza en los meses siguientes. El Despacho Oval, utilizado sin interrupción donde se encuentra ahora por todos los presidentes desde 1934, había cambiado poco a lo largo de las décadas, salvo por algunos cuadros, banderas y ornamentos. Pero ahora era distinto: nunca antes un mandatario en ejercicio había regresado aquí, a este mismo lugar, tras abandonar el cargo. El otro presidente que había asumido antes dos mandatos no consecutivos, Grover Cleveland, no usó estas dependencias.

En apenas seis horas de traspaso de poderes, la sala se había transformado ya en un plató cargado de símbolos, decorado al milímetro. Ni rastro de quien había pisado este suelo hacía apenas unas horas, Joe Biden. Nuevas banderas militares, viejos retratos de la familia Trump, una iluminación refulgente y un silencio casi teatral componían la atmósfera del retorno más inverosímil de la política estadounidense.

Lo que me llamó la atención, según mis notas de aquella noche, es que había vuelto al despacho el retrato del populista original, Andrew Jackson, presidente predilecto de Trump, enfrente ahora a otro muy solemne de Abraham Lincoln. Regresaba también el busto de Winston Churchill, desterrado por Biden por razones que nunca se explicaron bien. La moqueta azul eléctrico que tanto gusta a los demócratas había desaparecido sin rastro, sustituida por una alfombra ovalada de tonos crema, ocre y dorado que ya usó Trump en su primer mandato. El oro, marca personal del magnate, comenzaba a asomarse ya en cortinas, marcos y búcaros, aunque era apenas un anticipo muy mesurado, muy incipiente, de lo que iba a venir después.

Recuerdo que sobre la mesa había un detalle que hablaba más que todos los demás. A la derecha de Trump, una pequeña caja de madera con el sello presidencial y un botón. Quienes habíamos estado allí cuatro años antes lo reconocimos de inmediato: el

dispositivo con el que pedía que le trajeran su Coca-Cola Light, supuesta adicción de la que nunca le vi hacer uso. Había vuelto sin demora, como si fuese tan imprescindible como el teléfono rojo o los informes clasificados. Un gesto mínimo que condensaba el personaje en toda su esencia: la irreverencia de lo trivial como un símbolo, un presidente que hace aparecer un refresco de masas con solo pulsar un botón.

Tomé algunas fotos con mi teléfono, consciente de que con el peso del momento muchas cosas se me iban a pasar. Veo en ellas ahora que el resto del escritorio estaba ocupado por nueve pilas de carpetas negras, listas para la firma, cada una con una pequeña nota adhesiva amarilla en la parte superior. Eran los decretos que había prometido firmar en las primeras horas tras su regreso.

En silencio, Trump tomó un rotulador negro de trazo grueso, de tinta permanente, de los que antaño servían para marcar cedés, un Sharpie —nada de bolígrafos ni plumas—. Y ante ese gesto, de forma teatral, apareció un nuevo personaje en escena: William Scharf, de traje y corbata, rostro anguloso, frente amplia y entradas muy pronunciadas, casi calvo, encargado desde ese momento de dar forma a la coreografía del poder.

Scharf no es un asistente cualquiera. Abogado formado en Princeton y Harvard, fiscal federal en el pasado, miembro del equipo legal que defendió a Trump en un caso de injerencias electorales en 2020, había sido recompensado con uno de los cargos más sensibles de la Casa Blanca: secretario de personal, en teoría el funcionario que controla el flujo de documentos que llegan al presidente, y en la práctica alguien que iba a convertir cada firma en una escenografía digna de la mejor telerrealidad. Para entendernos, el anunciador de Trump, una suerte de maestro de ceremonias de esta nueva Casa Blanca que iba a remodelarse a imagen y semejanza de Trump.

—Señor —le dijo acercándose con una voz suave, afable, modulada para agradar al jefe y demostrar, ante todo, respeto, casi veneración.

—¿Es esto? —respondió el presidente, con ese tono que reserva para cuando las cámaras están encendidas, proyectando la voz, forzando el tono del poder. El gesto se le endureció, la mirada se clavó primero en la prensa y luego en el papel. La piel, de un bronceado más intenso que el del cuello; el cabello, rubio, casi platino; el traje, holgado, de lana italiana en su eterno azul marino.

—Sí, señor. Primero tenemos una lista de indultos y conmutaciones sobre los hechos del 6 de enero de 2021 —le confirmó, en referencia a su promesa de acabar de un plumazo con las condenas y procesos abiertos contra los asaltantes que protagonizaron el saqueo del Capitolio.

—De acuerdo, ¿y cuánta gente son?

—Aproximadamente 1.500 personas, señor.

—Esto es el 6 de enero. Estos son los rehenes. Indulto completo.

Nos volvió a mirar fijamente, claramente interesado en ver cuál era la reacción. El silencio era total. Al firmar, el rotulador dejó un trazo grueso que se oyó en toda la sala, aunque el roce molesto de las fibras sobre el papel no podía distraer de lo que sucedía: Trump había concedido el indulto total a más de 1.500 procesados y condenados por el asalto al Capitolio, entre ellos los dirigentes de los grupos armados ultra Proud Boys y Oath Keepers. Con esa firma ordenaba también al Departamento de Justicia retirar los procesos aún pendientes, borrando de un plumazo cuatro años de juicios, condenas y encarcelamientos. Era, sobre todo, una demostración de fuerza y de cómo pretendía reescribir aquel capítulo de la historia oficial a su manera.

La primera lección era obvia. Trump había tenido sobre la mesa opciones más prudentes: limitar los perdones a quienes solo

habían recibido amonestaciones o condenas menores, revisar caso por caso o conceder simples conmutaciones de pena. Incluso su vicepresidente, J. D. Vance, y su futura fiscal general, Pam Bondi, habían defendido esa fórmula más contenida. Pero la decisión final fue otra.

—¿Indulto total o conmutaciones? —preguntó uno de los periodistas estadounidenses.

—Indulto total. Hay unas seis conmutaciones, de esos estamos investigando más... ¡Qué bueno verte de nuevo!

Así es Trump en la distancia corta: capaz de descartar de un plumazo la opción más prudente y envolver la ruptura de todas las expectativas con un guiño a un periodista. Un encantador de serpientes que convierte la política en espectáculo y disfruta descolocando a quien tiene enfrente. Y lo más revelador: nadie dio permiso antes al periodista, ningún asistente o portavoz seleccionó la pregunta. Simplemente alguien alzó la voz, preguntó y Trump respondió.

Quienes en cualquier otra presidencia, aquí o en cualquier lugar del mundo, habrían ejercido de filtro, sonreían divertidas al fondo. A la izquierda, sentada y recostada contra la pared, estaba la nueva jefa de Gabinete, Susie Wiles; y junto a la puerta que conduce a la célebre «Sala Lewinsky», de pie, la nueva portavoz de la Casa Blanca, Karoline Leavitt.

Así, en total, el presidente firmó 26 decretos y proclamaciones aquella noche. Declaró la emergencia en la frontera; designó a los carteles mexicanos como terroristas; endureció la política de refugiados; limitó la ciudadanía por nacimiento; ordenó una moratoria en nuevas ayudas al desarrollo; congeló cualquier contratación de funcionarios; anunció aranceles a México, Canadá y China; ordenó la salida de la Organización Mundial de la Salud; abrió Alaska al petróleo, y planteó ya un arancel universal contra todos los países. Scharf los iba detallando uno a uno, teatral, como

un chambelán en una coreografía ensayada, abriendo con cuidado cada carpeta.

La verdad es que Trump podría haber firmado aquellos decretos a puerta cerrada, en cuestión de minutos y sin dar explicaciones, pero eligió lo contrario: montó un espectáculo en directo, seguido por millones de personas en todo el mundo. Convirtió la firma en un *show* global que batió récords de audiencia y se presentó como el mayor éxito televisivo de su carrera, no superado ni siquiera por los años en los que dominó la pantalla con el concurso *El aprendiz* en la cadena NBC.

Trump, calmado, sin prisa, como si no tuviera urgencia alguna en tomar las riendas de la primera potencia económica y militar, hablaba, se dirigía a nosotros, conversaba, hacía bromas, no dejaba nada en el tintero. Sus frases saltaban del guion preparado al comentario improvisado, de la firma solemne al golpe de efecto. Ahí, en ese vaivén, se movía con la soltura del actor redomado que es.

En un momento habló también de la Alianza Atlántica, de los gastos en defensa, de cifras que citaba de memoria: «La OTAN tiene que pagar más dinero. Tiene que llegar al 5 por ciento... Hemos gastado 200.000 millones de dólares más en Ucrania que la OTAN. Es ridículo, porque a ellos les afecta mucho más. Nosotros tenemos un océano de por medio, y ellos tienen que igualarse».

Ahí aproveché un breve silencio, entre unos compañeros que estaban entre fascinados y conmocionados por ser testigos de este momento, y le pregunté directamente:

—¿Qué podemos esperar de los países de la OTAN que gastan menos, como España o Francia, por debajo del 2 por ciento?

—España, muy poco, muy poco. Y, sin embargo, ¿acaso no es una nación BRICS?

—¿Cómo dice? —repliqué, incrédulo.

—España es un país BRICS. ¿Sabes lo que es BRICS, no? Bueno, ya lo averiguarás. Pero si los BRICS quieren jugar a eso,

está bien, aunque vamos a imponer al menos un 100 por ciento de aranceles al negocio que hagan con Estados Unidos. Sabéis lo que son los BRICS, ¿verdad?

—Sí, Brasil, Rusia... —respondí, intentando volver al terreno del dato preciso.

—Sabes de lo que hablo, ¿no? Sabes de lo que hablo...

—Pero España no está entre los BRICS —intervine, insistiendo, mientras mis compañeros me miraban, hartos de que alargara innecesariamente el tema. Para Trump, era obvio, ya estaba claro. Él me miraba con cara de no tener mucha más paciencia, alzando la barbilla, arqueando un poco la ceja.

Me quedé con la impresión de que el presidente jugaba al equívoco, que me estaba provocando. Sabía perfectamente qué era el grupo BRICS, la alianza económica formada por Brasil, Rusia, la India, China y Sudáfrica, ampliada después a otros países emergentes. Pero al incluir a España en ese bloque estaba lanzando un mensaje, un aviso más político que económico: nos situaba, aunque fuera retóricamente, en la órbita de China y Rusia, lejos de la OTAN y del Atlántico Norte.

Después, Trump siguió hablando con la prensa, encadenando firmas y respuestas con la naturalidad de quien lleva haciendo esto toda la vida. En un momento dado, a la pregunta de un reportero sobre la costumbre presidencial de dejar una carta a su sucesor, abrió el cajón del escritorio, tanteó un instante y sacó, con aire sorprendido, un sobre blanco con una inscripción escueta: «47». Se trataba de la referencia a su número de presidente; fue el 45 y ahora era el 47. En medio estuvo el autor de la carta, Joe Biden, el presidente número 46.

Sostuvo el sobre con la mano derecha, a la altura del pecho, orientándolo hacia las cámaras. Era una escena que parecía improvisada y que, sin embargo, daba la impresión de haber sido preparada para producir ese efecto exacto de sorpresa, foto incluida. Era

imposible que el Servicio Secreto no hubiera inspeccionado cada rincón de aquella sala tras la mudanza.

—Quizá deberíamos leerla todos juntos —bromeó—. Bueno, quizá la lea yo primero y luego decido.

Y en ese tira y afloja, Trump se permitió un instante de distensión: «Con el tipo de antes no hacíais esto, ¿verdad?». Soltó la frase con ese tono suyo, a medio camino entre el reproche y el guiño, que maneja como pocos, subrayando lo evidente: que a su predecesor no lo exponían jamás a la prensa, le filtraban las preguntas, escogían con lupa a los interlocutores y lo mantenían oculto para disimular un deterioro físico que en realidad era imposible de esconder.

Durante la firma de las órdenes ejecutivas, Trump fue interrogado también sobre Venezuela. Le preguntaron cómo se aseguraría de que un país como ese aceptara de vuelta a los venezolanos deportados. Respondió con tono evasivo: «Vamos a ver, con Venezuela. La estamos observando muy de cerca. Es un país que conozco muy bien por muchas razones... fue un gran país hace veinte años, y ahora es un desastre».

Después yo volví sobre el tema, le pregunté si seguía decidido a que el dictador Nicolás Maduro dejara el poder. Trump respondió: «Vamos a verlo también, porque probablemente dejaremos de comprar petróleo a Venezuela. No necesitamos su petróleo». Y cuando le insistí en si eso suponía un nuevo embargo, añadió: «Podría ser... No tenemos que comprar su petróleo... Eso cambiará bastante a Venezuela».

Unos instantes después salimos del Despacho Oval tras casi 50 minutos de preguntas sin filtros ni cortapisas, y, mientras todavía avanzábamos por el pasillo, mi teléfono empezó a vibrar sin descanso: no tenía idea de que la comparecencia estaba siendo retransmitida en directo por casi todas las televisiones de todo el mundo y también por cientos de páginas en internet. Me llegaban

decenas de mensajes de colegas que habían reconocido mi voz, mensajes desde España, por la confusión o la provocación por lo de los BRICS.

Yo pensaba en aquel momento, cruzando la Rosaleda de la Casa Blanca, que era cierto que con Biden nunca habíamos hecho algo semejante: en cuatro años lo vi apenas una decena de veces y logré lanzarle solo dos preguntas, sobre Venezuela y España, que no obtuvieron respuesta —una fue un balbuceo sin sentido—. Con Trump, en cambio, acabábamos de lograr un acceso irrestricto al hombre con más poder del mundo, que además contaba con el apoyo de la mayoría del país.

Y ahí estaba la paradoja: el mismo que calificaba a la prensa de falsaria y la llamaba «enemiga del pueblo» era capaz luego de abrirse de ese modo, de improvisar, de dejar que las cámaras recogieran hasta sus arranques más espontáneos y sinceros, en ocasiones absurdos, frecuentemente brutales. Sus asesores lo venderían después como la presidencia más transparente de la historia. Yo acabaría por darles la razón.

Mi gran duda —casi un remordimiento— al pensar en los lectores y oyentes de España era si todos, incluidos los periodistas, y sobre todo los periodistas, nos habíamos equivocado con respecto a Donald Trump durante todo este tiempo.

LA DESPEDIDA

Base conjunta Andrews. 20 de enero de 2021

«**A** sí que adiós, os amamos; volveremos de alguna manera». A las 08.50 de la mañana del 20 de enero de 2021, en la base aérea de Andrews, en Maryland, Donald Trump pronunciaba estas, sus últimas palabras, en público como el presidente número 45 de Estados Unidos. Bajo un cielo plomizo, gélido, sin apenas viento, con 17 banderas a media asta y el avión Air Force One y el helicóptero Marine One al fondo, se despedía Trump de un mandato que había terminado en deshonra: el asalto al Capitolio del 6 de enero aún estaba fresco en la memoria y había precipitado un segundo proceso de *impeachment* en el Congreso, esto último un récord absoluto para un presidente de un solo mandato.

La escena, solemne pero desangelada, tenía algo de epílogo de tragedia, lejos de la espectacularidad que Trump siempre había buscado. No es infrecuente que un presidente de Estados Unidos pierda la reelección, pero sí que era novedoso y llamativo que Trump estuviera aquí, en esta base en Maryland, en lugar de en la Casa Blanca, recibiendo a su sucesor para formalizar un traspaso de poderes pacífico y ordenado.

«¡Gracias, Trump! ¡Gracias, Trump!», gritaban apenas trescientas personas en la pista, los últimos fieles, la retaguardia de un equipo de Gobierno en desbandada tras los hechos luctuosos de apenas dos semanas antes. Reconocí a muchos; la mayoría, los más trumpistas del equipo político y de comunicaciones de la presidencia. Eran quienes aún rodeaban a Trump, los últimos leales, a pesar del peso asfixiante de las imágenes del Capitolio saqueado, de Washington en llamas, de un presidente negándose a evacuar la Casa Blanca. La oposición denunciaba un conato de autogolpe. La nación pareció darle la espalda a un presidente que se antojaba una aberración, elegido con la ayuda de Rusia, defenestrado tras un brote de violencia.

Aquello que yo había presenciado el 6 de enero anterior me parecía aún inconcebible: la capital de Estados Unidos sumida en el caos más absoluto. Recuerdo que, tras acudir al mitin que Trump había convocado ante la Casa Blanca, en la explanada conocida como la Elipse, mi colega del diario *ABC* en Nueva York, Javier Ansorena, me llamó para advertirme de que la situación se estaba descontrolando, que aquella turba podía acabar tomando el Capitolio por la fuerza. Le respondí que lo dudaba: además de las medidas de seguridad desplegadas, yo mismo había asistido a varias marchas trumpistas en la capital, organizadas bajo el lema «Paremos el robo», («*Stop the steal*» en inglés), y en ninguna de ellas había habido violencia.

Cuando ya fue evidente que aquello era un asalto en toda regla, corrí como pude hasta la escalinata del Capitolio. Nunca olvidaré la humareda que se elevaba junto a la cúpula, las llamas devorando unos andamios, el forcejeo de los asaltantes con la policía al que asistí con mis propios ojos, el pánico en los rostros de los empleados trajeados, jóvenes que huían despavoridos por la avenida Pensilvania perseguidos al trote por una turba extraña, estrafalaria, con gorras y camisetas rojas de Trump, ondeando ban-

deras de Estados Unidos. Vi a hombres vestidos de paramilitares, otros con uniformes tácticos negros y verdes y gafas de visión nocturna. Un anciano, con una especie de peluca rubia y una gorra roja, se me acercó para preguntarme si podía ayudarle a encontrar su coche porque debía regresar a su casa en Virginia. Llevaba las manos manchadas de hollín y en la cintura asomaba una pistola.

Dos semanas después, las personas presentes en esta base militar este 20 de enero, último día de la presidencia de Trump, y que habían visto esos mismos hechos en el Capitolio, eran conscientes de que en estos momentos el mundo entero culpaba a su jefe de haber incitado toda aquella violencia al animar a sus seguidores a precipitarse sobre Washington para protestar contra la certificación de los resultados de las elecciones de 2020 —«venid, será una salvajada», dijo el presidente en Twitter—. Aun así estaban aquí, todavía orgullosos de hallarse junto a este hombre, desafiantes en su lealtad, algunos llorosos, otros convencidos de que Trump no estaba acabado.

Trump apareció finalmente: iba algo desaliñado, con las raíces del cabello más blanquecinas de lo habitual, sin el dorado intenso que había convertido en una de sus marcas personales. Caminaba con cierta pesadez, pero conservaba la voz clara, proyectada como en los mítines donde siempre se sentía más cómodo. Habló sin teleprónter, como solía entonces, improvisando frases que mezclaban su habitual grandilocuencia con un tono ahora insólitamente conciliador.

Venía de una larga travesía, una presidencia reventada por las acusaciones de la trama rusa, su primer *impeachment* —y ahora el segundo—, la pandemia de coronavirus durante la cual fue ingresado de urgencia y finalmente la derrota electoral con la deshonra subsiguiente.

Me sorprendió entonces que sonara magnánimo hacia el sucesor al que no había querido ver ni saludar tras las elecciones:

«El futuro de este país nunca ha sido mejor. Le deseo a la nueva Administración mucha suerte y mucho éxito. Creo que tendrán mucho éxito, porque hemos dejado los cimientos para hacer algo realmente espectacular». Escucharle esto me resultó desconcertante; Trump llevaba once semanas, desde las elecciones, proclamando que había sido víctima de un fraude orquestado por Biden y por un Estado profundo enquistado en su propio Gobierno, convencido de que le habían robado la reelección, el mal más abyecto. Abogados y defensores suyos se habían inventado todo tipo de conspiraciones que implicaban hasta a la empresa española Indra y al fallecido presidente venezolano Hugo Chávez.

Y sin embargo, esta mañana Trump admitía por fin que su tiempo había terminado y hasta deseaba lo mejor a quien, según él, acababa de consumar un golpe. Era la única admisión que haría nunca de su derrota. No habría más. El presidente evocó después «la peor plaga en más de cien años» en referencia a la pandemia; reivindicó sus logros económicos, y le dio las gracias expresamente a su vicepresidente, Mike Pence, y a su esposa, Karen. Ellos no estaban allí.

Ese agradecimiento era pura impostura, huelga decirlo. Las relaciones con los Pence se habían roto el 6 de enero. Trump había presionado a su vicepresidente para que bloqueara la certificación de Biden en aquella ceremonia oficial en el Capitolio. Pence se negó, dijo que no tenía potestad para ello, y la turba enardecida lo señaló como traidor. Los asaltantes del Capitolio clamaban de hecho por colgarlo. A Washington trajeron hasta una pequeña horca, que dejaron ante aquella cúpula, símbolo de las amenazas de muerte.

Desde entonces, Pence pasó a ocupar en la historiografía trumpista el lugar reservado al Judas irrecuperable, alguien péfido, peor que los demócratas, un traidor. La esposa, Karen, profundamente religiosa y muy piadosa, jamás perdonaría a Trump; lo dejó

claro años después, negándose a saludarlo con clara hostilidad en el funeral de Estado del expresidente Jimmy Carter.

El discurso de Trump aquel 20 de enero apenas duró diez minutos. Luego el todavía presidente bajó del estrado junto a Melania, vestida de riguroso luto y con unas enormes gafas de sol ocultándole el rostro. No se despidieron de asesores ni de funcionarios. Solo saludaron fugazmente a su familia, los hijos en pleno, y a su último jefe de gabinete, Mark Meadows, antes de subir por la escalerilla del Air Force One, que aún sería suyo por unas horas más.

No sabíamos aún por entonces que en aquel viaje Trump se saltaba otra costumbre presidencial, la de entregar a los Archivos Nacionales todos sus documentos para los registros públicos. Varias cajas con papeles clasificados se habían cargado antes en la bodega de aquel avión.

Trump, ya en el umbral de la puerta del avión, alzó la mano derecha en un gesto de adiós; entonces sonaron 21 cañonazos que retumbaron en el aire frío, sorprendiendo a más de uno.

Los altavoces comenzaron a proyectar los primeros acordes de *My Way*. Y cuando el avión empezó a rodar por la pista, resonaba ya el verso que popularizó Frank Sinatra y que lo resumía todo: «Encajé los golpes... y lo hice a mi manera». El avión despegó ceremonioso, como si también midiera el tiempo de la despedida. Estaba todo planeado, por supuesto. Trump es muy dado a elegir la música que suena allá adónde va y se maneja muy bien en Spotify.

Era, en todo caso, un final teatral, con la promesa, absurda para casi todos, de un retorno. Un hombre derrotado que se resistía a admitirlo, dejando atrás su vida política en medio de la música de Sinatra.

A la base aérea de Andrews habíamos llegado apenas una treintena de periodistas, como quien asiste al concierto de una vieja estrella que, en su ocaso, solo logra llenar discotecas de segunda tras haber abarrotado estadios. Todos asumimos entonces que su último acto acababa allí.

El contraste con el despliegue mediático en Washington era brutal: allí, a unos pocos kilómetros, descendía ya la pompa de la transición; el Capitolio, ahora blindado por 25.000 efectivos de la Guardia Nacional, era el escenario del caminar solemne de Joe Biden y Kamala Harris, la extraña liturgia de una jura organizada en plena pandemia, con mascarillas, test rápidos y protocolos nunca vistos. Los famosos venían a la ciudad que con sorna se conoce en Estados Unidos como «Hollywood, pero para gente fea» a arropar al nuevo jefe: allí estaban los cantantes Garth Brooks, Katy Perry, Lady Gaga, Jennifer López y Bon Jovi. La Casa Blanca permanecía vacía unas horas, sin una transición ordenada.

Nosotros en la base, en cambio, veíamos un acto frío, desangelado, casi clandestino, el inicio de un destierro. Trump despegó como presidente y cuando aterrizó en Florida ya no lo era, así de sencillo y así de rutinario. Las instituciones habían resistido la embestida de un hombre determinado a hacerlas saltar por los aires con tal de mantenerse en el cargo.

Siempre he pensado que los obituarios son el género más importante: lo último que se escribe de alguien, la versión final de su historia. Por eso decidí estar allí. El título que elegí para mi crónica en *ABC* buscaba subrayar lo que consideraba entonces la desconexión del presidente con la realidad: «Trump se despide con una promesa: “Volveremos, de un modo u otro”». Escribí: «La imagen de Trump, gritando para hacerse entender entre el ruido del motor y las hélices, es un clásico de su ya acabada presidencia. No ha aceptado preguntas, pero sí ha gritado: ¡Ha sido un honor! ¡Solo quiero decir adiós! Y espero que no sea un adiós muy largo».

Y yo creía que mi crónica de aquel día sobre la despedida de Trump iba a ser el obituario definitivo de su figura política. Me equivocaba. Nos equivocábamos casi todos, casi todos menos él. Trump no estaba, ni mucho menos, acabado.